

como invitando a reposar en sus robustos brazos, mientras sirve de toldo su tupido follaje.

El más viejo de los árboles del bosquecillo, llámase, por su posición y majestad, «El guardián». Su enorme tronco presenta numerosos nudos que parecen haberse forjado en sus cruentas luchas contra los embates de los elementos. Cuando Cristo se paseaba por Palestina, este cedro era con toda certeza un mero renuevo, y desde su puesto avanzado de centinela ha podido observar con calma la Siria y el gran mar, mientras los pueblos vecinos se han destruido mutuamente por la posesión de esta célebre tierra.

Además, encontraremos los titulados «Siete Hermanos», porque los siete troncos salen de una misma raíz. En la falda de la montaña se yerguen San Juan y Santiago, imponentes y robustos árboles, dotados de grandioso tronco y gigantescos brazos.

Todas las hoy rocosas y áridas cumbres del Líbano, estaban cubiertas de cedros como éstos. Por este bosque de los «Cedros del Señor», podemos darnos cuenta de cómo sería esta región en los remotos tiempos, cuando el Rey Salomón mandó a unos 153,600 hombres y además los que agregó Hiram, rey de Tiro, para recoger madera de cedro, destinada a la construcción del templo de Jerusalén.

También fueron utilizados estos árboles para hacer la casa de David, y, posteriormente, al reedificarse el templo. La madera es de color blanco crema y despiden un olor agradable, y rara vez se pudre.

Los cristianos del país tienen por ellos tal veneración, que allí se celebra anualmente una fiesta a la que concurren numerosos peregrinos. En el centro del bosquecillo se levanta una capilla Maronita, el ángel guardián del sitio. Si no fuera por el temor que inspira la fe ingenua, ha tiempo hubieran desaparecido «los cedros sagrados». Crean los moradores de la comarca que si dañan en una forma u otra a los árboles, les sobrevendrá alguna enfermedad o mal. ¡Dios quisiera que los europeos y los de este continente creyesen lo propio!

Esta saludable superstición, sólo lo es en apariencia, pues la tala sin plan ni orden de bosques, arruina tanto a un pueblo como a una revolución o guerra. ¿No es el árbol la más poderosa máquina de producción alimenticia que haya sido inventada? Siempre que deseamos materializar una situación deliciosa para la sociedad, ¿acaso no nos viene a la mente el jardín del Edén? Pero, ¡cuán pocas veces nos detenemos a pensar que el Edén, o Paraíso Terrenal, fué un Edén por tener árboles!

Siguiendo el sendero de esta acendrada fe, señalan un grupo de trece árboles que, según la leyenda, deben el origen a cuando Cristo y sus discípulos vinieron a ese paraje, y, dejando sus báculos clavados en el suelo, brotaron de ellos estos hermosos cedros.

Banales e infantiles como puedan parecer hoy estas tradiciones, no carecen de una grandeza natural que fácilmente transporta el ánimo a los tiempos del Antiguo

Testamento, donde el profeta Isaías habla de ellos como «la gloria del Líbano». En los Salmos, canta David que el justo crecerá cual un cedro del Líbano; y Amos, otro de los videntes de Israel, los compara a los Amoritas por su estatura y fuerza. Con su admirable dominio de las figuras del lenguaje, las Sagradas Escrituras describen a los gigantes de la selva. ¡En cuánta cosa buena podría pensarse al comprenderlos! Su madera es casi indestructible. La polilla no se introduce en ella. La historia justifica su durabilidad. Plinio escribe que la techumbre de cedro del templo de Diana en Efeso, había durado 400 años, y la de Apolo en Utica, once siglos.

Además, posee un jugo balsámico tan agradable como el más costoso de los perfumes. «Olor del Líbano», era una frase corriente y el perfume del ajuar de la desposada, se le comparaba a la fragancia de estos árboles.

Profetas y poetas de Israel le recordaron siempre en sus inflamadas descripciones. Oseas, el poeta profeta, muy imbuído en los arcanos de la naturaleza, amaba este árbol. Su vida fué muy amarga, llena de dolorosísimas experiencias para un temperamento tan sensible como el suyo. Mas es de admirar cómo procuraba confortar su espíritu y retemplar su carácter, estando al aire libre y en íntimo consorcio con los prados y bosques. Al acercarse a la noche de su vida, cuando ya había llegado a un seguro puerto para sus inquietudes, después del rudo viaje a través de las miserias del vivir, no podía expresar mejor el amor de Dios por el

hombre, al perdonar y olvidar lo pasado, que en términos sacados de los jardines de la tierra.

Hace hablar a Jehová de este modo:

«Yo seré como el vacío para Israel, echaré flores como el lirio y ahondaré sus raíces como el cedro del Líbano; sus ramas se extenderán, su hermosura será también como la del olivo y su olor como la fragancia del Líbano».

Harto de todo lo artificial, describe el estado de beatitud del hombre en la atmósfera de la encantadora montaña con su aire tónico, su humedad bienhechora y sus árboles adorables. Entre ellos, podemos decir, encontró los sacramentos de Dios, que, al par de aquellos místicos instituidos por Cristo, dan gracia plena al cuerpo del hombre.

El denominado «higo indio» ha sido festejado desde la más remota antigüedad por dejar caer sus ramas y tomar raíces en tierra, que a su vez dan nacimiento a nuevos troncos. Así un árbol engendra un pequeño bosque. Es un símil, en la tierra, del árbol de la vida, que crece, según la visión del apóstol Juan, de uno y otro lado del río que conduce al trono de Dios en la ciudad de los ungidos. Al penetrar en la nueva Jerusalén, el vidente de Patmos, sólo ve dos árboles, pero, al mirarlos con más detención, los percibe unidos por las extremidades superiores, cual si fueran un sólo árbol. Pinta, agitado por el ardor de su esplendorosa visión, a sus frutos de oro engarzados en plata.

De esta suerte—y esto es lo importante para nuestro estudio— juzga el Todopoderoso al vegetal leñoso tan útil, tan bello y tan imagen suya, que lo coloca cerca de la vivienda del primer hombre, y, en la consumación de los siglos, halla todavía un sitio para él cerca de su eterno trono.

Aunque estas imaginaciones del más poético y enmarañado libro de la Biblia no fueran para algunos sino alusiones retóricas, siempre quedaría la profunda veneración por los árboles que la dicta.

Solicítense los «Cuadernos de Pedagogía y otros Estudios», que se publican bajo los auspicios del Personal Docente de Heredia.

YA LISTOS:

José Ortega y Gasset: *Biología y Pedagogía*.
R. Brenes Mesén: *Las Categorías Literarias*.

Precio de los cuadernos: **¢ 1-00**

EDITOR: J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA